

Lola González

A mí me la jugaron mis padres nada más nacer, al mes, el día del bautizo. Me pusieron de nombre Dolores Filomena y tuve que apechugar mundo adelante con el nombrecito a cuestas; enseguida me las ingení para disfrazar lo de tener nombre de cólico y para ocultar lo de Filomena. Ése ha

sido el secreto mejor guardado de mi vida, nunca, nunca se lo dije a nadie y ésta es la primera vez que lo reconozco por escrito.

De modo que una vez que aterricé en el mundo con patente de hija única (durante muchos años) y llamándome Dolores Filomena me convertí

en una mentirosa de categoría para sobrevivir. Así, que empecé a contar en la Alameda que me llamaba Elisabeth, que es nombre de princesa, y que mi padre tenía un Castillo en Cornualles, que era un nombre que salía en algún libro y que nadie sabía por dónde caía aquel paraje, además me inventé un idioma y lo hablaba con mi abuela en cuanto tenía público, y la abuela, que era mucho más mentirosa que yo y además había aprendido brujería en la Habana y te leía en las cartas el porvenir que te destrozaba, me seguía la corriente y enseguida nos hicimos las más famosas de la Alameda.

Luego, como a mí no me dejaban salir a la calle a jugar y seguía sin tener hermanos, me encerraba en mi cuarto y devoraba todos los libros que encontraba y aprendí a mentir más y más y más.

Porque yo de pequeña fui cautiva, prehistórica, espía, huerfanita (huerfanita era precioso y llorabas toda la tarde por tu desamparo), mastín del Pirineo, zarina, guillotizada, bailarina famosa y estrella de *jolivú* entre otras muchas cosas. Es decir, como todas las niñas... Luego me nació un hermano y ya me dejaron salir sola a la calle e hice muchas amigas... y un día, de pronto, me levanté y había crecido. Y nadie, nadie pudo ya nunca remediarlo.

Bibliografía

Os Mornias, Vigo: Xerais, 1993.
El curso, Madrid: SM, 1994.
Brumas de octubre, Madrid: SM, 1994.